ALTA PLÁTICA

LIBRO DE VERSOS POR

FRANCISCO IZQUIERDO

92—7
32

PRÓLOGO DE

MANUEL VERDUGO

1915
Santa Cruz de Tenerife
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA
San Francisco, 7

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

B6-1(46.851)

ALTA PLÁTICA

LIBRO DE VERSOS POR

FRANCISCO IZQUIERDO

PRÓLOGO DE

MANUEL VERDUGO

1915
Santa Cruz de Tenerife
LIBRERÍA Y TIPOGRAFÍA CATÓLICA
San Francisco, 7

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DEDICATORIA:

Libro de la Alta Plática, que cariñosamente dejo entre las blancas y rugosas manos de mi madre.

El Autor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

PRÓLOGO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Creo firmemente que, los Juegos Florales *(¡Fides, Patria, Amor!)* son una de tantas pruebas á que el Señor nos somete, casi periódicamente, con el fin de que ejercitemos la santa virtud de la resignación, y purguemos nuestras faltas veniales. (Para los pecados mortales nos envía los certámenes de orfeones y los concursos de natación.)

Aquellos deliciosos *Juegos Florales en Cursileda*, de Luis de Tapia, más que una caricatura, son el tipo, con ligeras variantes, de los que se *padecen* todos los años (¡todos!) en diferentes ciudades, pueblos, villas y villorrios... Sin embargo, aún siendo peligrosos, no voto por la suspensión de tales juegos; porque, así como una epidemia puede ser causa de que un médico obscurecido se revele como una lumbrera en el ejercicio de su profesión ó que en una campaña bélica se dé á conocer un héroe, que jamás lo hubiera sido sin el acicate del peligro y el estímulo del ejemplo, del mismo modo esos «torneos de la inteligencia» (Perdón por la frase: ¡No la volveré á emplear!) nos descubren de tarde en tarde á un poeta ignorado, un verdadero poeta que, en el recogimiento de su retiro, dialogaba con las nubes, y hacía juegos malabares con sus quimeras. Este ha sido el caso de Francisco Izquierdo. En Canarias nadie sabía que tuviera «el feo vicio de hacer versos» (como suele decir un excelente enemigo mío.) Nin-

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

guno de los que trataban al autor de este libro, sospechaba que, mientras en su presencia se hacían sesudos comentarios sobre la política de Maura ó la exportación de plátanos al extranjero, él soñaba... soñaba con D. Quijote y con las áureas pomas de las Hespérides.

Y en unos Juegos Florales celebrados en la vieja ciudad de los Adelantados, en la Laguna de Tenerife, fué premiada la bellísima poesía «El Caballero errante». Entonces conocimos al poeta: era—y es todavía—un joven, casi un adolescente, que salió al escenario del teatro, pálido, enlutado, tembloroso, á recibir la primera caricia del aplauso público, ¡la primera!, la que jamás se olvida, como no se borra el recuerdo del primer beso que nos diera la mujer esquiva que hemos deseado mucho tiempo, en secreto... Y la sincera emoción del joven poeta fué comunicativa: él lloraba, y algunos de los que le aplaudíamos, nos llevamos una mano á los ojos para borrar las huellas de no sé que humedad rebelde y fugitiva que nos cosquilleaba en los párdados...

En aquellos momentos, debía sentir Izquierdo en lo íntimo de su corazón la tristeza de un modesto triunfo no compartido; debió pensar en su padre y en...

«... las amables cosas que decía
que místico me hicieron y poeta.
Y por eso lo fuí. Era tan grande
su empeño en que estudiará y aprendiera,
con tan alto fervor me lo rogaba
y era su fé tan ciega,
que estudié y estudié... ¡y á Dios pedía
que si el triunfo llegaba, yo pudiera

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

compartirlo con él; pero no quiso
á mi ruego acceder: ¡La eterna ausencia
decretó, antes que el fruto
de su empeño viniera!»

***

Siempre que tengo ante los ojos un libro de versos, sobre todo si estos son los primeros que arroja á la voracidad de la crítica un poeta joven, me viene á las mientes aquella frase de Honorato de Balzac: «Analizar cuando es preciso sentir es propio de las almas sin alcances.» Hay algo de profanación en el hecho de examinar friamente la euritmia de una composición poética como el que se detiene á medir las proporciones de la nave de un templo, mientras resuenan suaves ó imponentes los acordes del órgano y en el Altar Mayor atrae con fuerza divina el misterio del tabernáculo.

La poesía de Francisco Izquierdo es como el agua que

«por la acequia corre trenzando armonías»

es

«clara como el rumbo de un buen pensamiento,
limpia como el sueño de una niña casta;
ingenua, gozosa
y un poco azulada...»

En vez de estos mis mal zurcidos renglones á quisa de introducción, yo debiera limitarme á copiar al frente del libro los versos de la canción que dedica á Hernández Amador:

«Pára, caminante;
un momento para;
mira como corre,
como corre el agua...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Los álamos viejos, gravemente inclinan
su frente nevada,
y el blanco semblante terso y reposado
la linfa retrata.
Un rayo de luna, silenciosamente
se tiende en el agua,
y en la lejanía, turbando el misterio,
turbando la calma,
una voz que dice de amores nostálgicos,
cadenciosamente sus ansias derrama;
y sus ecos dejan
más quieta la noche, más noble la calma.
Pára, caminante,
un momento pára
y en este remanso
de piedad descansa...»

Sí; después de leer este libro, el espíritu reposa en noble serenidad; se siente el vago deseo de orar y de sonreir dulcemente á una quimera pueril y deliciosa que casi se desvaneció en la lejanía de nuestro pasado...

Es un manantial de aguas puras, y cerramos los ojos para adormecernos escuchando sus murmullos; quizás para no ver reflejada en la corriente límpida el gesto, un poco escéptico, de nuestros labios...

Izquierdo pertenece á la nueva generación que iza la bandera de la espiritualidad sobre los escombros de un materialismo que no volverá á levantarse. Oid lo que dice:

«Amo lo bello, lo grande; al fuerte y al que se humilla; tengo un alto amor: mi dama, y otro más alto: Castilla: y sobre todas las cosas amo á Dios Nuestro Señor.»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Esto, en boca de un poeta, de un poeta de veinte años; es admirable...

Adelantándose á la crítica dice también:

«Entre los recios pilares del saber puse mi tienda
á la sombra recatada de Fray Luis y de San Juan.»

Y yo añadiría que, de vez en cuando, le place abandonar su tienda y, tras de hacer una respetuosa reverencia á Santa Teresa de Jesús, da un paseo por la austera tierra castellana en busca de Ricardo León y de aquel poeta admirable que se llamó Gabriel y Galán. Y eso ¿Qué debe importarle al místico cantor del «Caballero errante»? ¿Acaso menoscaba sus relevantes méritos de brillantísimo poeta? ¿Ha existido un autor que fuera absolutamente original? El mismo Ricardo León no lo es sino en apariencia. Resucitar un estilo no es crearlo. Campoamor, el más personal de nuestros poetas, fué tildado de imitador servil, y para defenderse de tal acusación escribió aquella deliciosa «Poética» donde hay postulados exornados de humorismo y paradojas dignas de D. Miguel de Unamuno. De ese libro copio este párrafo que debieran leer todos los «liróforos», pero con la condición de olvidarlo enseguida:

«Dice Musset: *Me acusan de que tomo á Byron por modelo. ¿Pues no saben que Byron imitaba á Pulci? Si leen á los italianos verán como los desbalijó. Nada pertenece á nadie; todo pertenene á todos; y es preciso ser ignorante como un maestro de escuela para formarse la ilusión de que decimos una sola palabra que nadie dijese antes. Hasta el plantar coles es imitar á alguien.*»

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Todo poeta, al comienzo de su vida literaria, se encuentra en una encrucijada: tomar el mismo camino que siguiera determinado escritor no es ser plagiario; es simplemente tener con él afinidades mentales y preferir el panorama que le brinda la ruta elegida al que pudiera contemplar desde otra cualquiera. Sería plagiario si marchara adaptando sus pies á las huellas de los que le han precedido.

Además, ¿hay algo más complejo que la personalidad literaria de un poeta?... Si éste es muy joven, no puede tenerla, salvo contadísimas excepciones. Tal personalidad está constituída por infinidad de influencias de otros poetas á los cuales un alma sensitiva no puede sustraerse. Esas causas externas, á la larga llegan á cristalizar, y forman el molde de donde surge el extraño *yo*, heterogéneo é indivisible. El afán prematuro de singularizarse, el vanidoso y huero deseo de originalidad, ha convertido á muchas liras en grotescos guitarrillos destemplados, cuyos mástiles se adornan con madroños y caireles, vendas de momia egipcia y horribles flores de trapo... Muchos de los que padecen la ridícula manía de ser inconfundibles, concluyen por conseguirlo á fuerza de desafinar.

De esta verdad pueden dar fe los «futuristas» capitaneados por el vesánico Marinetti: un *petit* Eróstrato que quiere quemar todos los museos artistícos de Europa y que, tropezando sin duda con serios inconvenientes para la realización de sus planes, se ha contentado con «echar pestes» de la pestífera Venecia y adoptar una *pose* inofensiva: retar nada menos que á las estrellas... Esta

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

cuadrilla de bardos cuyo *programa*—como ellos dicen—no puede ser más hilarante, ha logrado hacerse famosa y que la prensa mundial se ocupe de sus extravagancias.

¡Si todos los literatos tuvieran presentes aquellas palabras del insigne autor de «La noche del sábado»: «*¿Queréis parecer* originales? Que el sentido común os inspire; ¡siempre diréis algo nuevo»...!

El que conozca íntimamente á Izquierdo, reconocerá en este libro una cualidad que en los tiempos que corren puede calificarse de mérito extraordinario: el estar escrito con una inquebrantable sinceridad.

Podrá ser que alguna vez no acierte plenamente en la manifestación, en el desarrollo de sus concepciones artísticas; pero él cree con firmeza que, si el sentimiento es un elemento imprescindible en todo poema, la sinceridad es la médula de la poesía lírica, por ser ésta eminentemente subjetiva. Por ser sincero, aquel espíritu atormentado y tierno que se daba todo en la sintética floración de una rima, aquel Becquer—que como Alfredo de Musset tendrá un trono en todos los corazones que latan para el amor—;por ser sincero, digo, será siempre una estrella esplendorosa en el zodiaco de nuestro cielo lírico.

Examinado al detalle este libro de versos, quizás notemos que el poeta incurre en alguna contradicción. ¿Y què?... Esa aparente falta de homogeneidad es la mejor prueba de que el autor ha sido sincero, de que cada poesía es fiel reflejo de un estado particular de alma; y la de Izquierdo, como la de casi todos los hombres de nuestra época es

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ondulante, inquieta; vibra él choque de corrientes imprevistas del mundo moral; y como es algo excéptica—aunque él no lo sospeche—no ha acertado á escoger un camino único, porque tal vez desconfía de todos... Una orientación rectilínea en un libro de versos implica cierta fría premeditación que—á mi juicio—es incompatible con la sinceridad artística. Yo miro la Poesía como un surtidor cristalino que se eleva recto hacia el cielo, cual si quisiera besar los astros, y se queja armoniosamente de su impotencia; pero que á veces se inclina á impulsos de opuestas ráfagas, y los irisados diamantes del divino surtidor se esparcen sobre la tierra y brillan sobre una flor; sobre una zarza, sobre una roca, sobre el mismo barro despreciable: doblemente despreciable si en él se ven impresas las huellas de los hombres...

Una vez, paciente lector, que te he bosquejado la silueta de Francisco Izquierdo y que, sin pedirte licencia, he entonado mi credo en esa bellísima religión de las Musas—religión que podrá tener indiferentes, pero que jamás tuvo apóstatas —sólamente me resta pedirte perdón, y rogarte vuelvas cuanto antes la hoja porque... «Habla el trovador».

MANUEL VERDUGO.

San Cristóbal de La Laguna Marzo 1912.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HABLA EL TROVADOR

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Soy un grave castellano, de aquellos del tiempo antiguo,
que á vivir en el presente de extravagancia y ambiguo,
no se resigna, y lloroso, sin rumbo y á ciegas voy.
¡No sirvo en ningunas filas!... Mis armas de ser soldado
rompí orgulloso; y las nuevas, que el mundo busca afanado,
ni me las dan, ni las quiero: ¡ya sabes, lector, quien soy!...

Nací demasiado tarde, y entre tanta senda abierta
á lo eternamente ignoto, por una obscura é incierta
á mi razón, como á rastras, ingenuamente llevé;
y mi corazón lloraba, lloraba hasta que un buen día
una enorme lumbrarada iluminó mi agonía,
y entre los brazos de Cristo sorprendido desperté.

Amo lo bello, lo grande; al fuerte y al que se humilla;
tengo un alto amor: mi dama, y otro más alto: Castilla,
y, sobre todas las cosas, amo á Dios, Nuestro Señor;
amo á mi patria, la buena, la compasiva Nivaria;
en los labios llevo siempre la piedad de una plegaria
y en el pecho sed de amores, á pesar de tanto amor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Amo las cosas pasadas, el misterio, la leyenda;
entre los recios pilares del saber, puse mi tienda
á la recatada sombra de Fray Luis y de San Juan,
y el subido placer gusto de saborear á solas
la arcaica miel de las madres de las letras españolas,
cuyos vibrantes decires vigor y fuerza me dan.

¡Oh, concertadas razones!... ¡Oh, estilo castizo y llano!
donde encendido palpita el espíritu cristiano
de los rudos montaraces de Castilla y Aragón,
que hasta al rey, si fué preciso, supieron hacerle frente,
y orgullosa la mirada y altanero el continente
por el mundo tremolaron victoriosos su pendón.

«¡Del rey, abajo, ninguno!»... Así habló la raza mía,
así habló soberbia y fuerte por la boca de García;
pero ahora están las cosas todas vueltas del revés;
los altivos castellanos ya no saben hablar recio,
hacen burla de Dios mismo; todo miran con desprecio:
¡ya son todos personajes traducidos del francés!...

Amo al sol, amo la vida inquieta, libre y errante,
y quisiera ser armado nuevo caballero andante
que al son de buenas palabras, y al clamor de mi laud,
á las penas de los hombres trajera nuevo consuelo,
y enjugando todo llanto, y apagando todo duelo,
diera á las almas firmeza, alegría, juventud.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Soy amigo de los pobres, de los míseros cautivos
que se callan resignados, y también de los altivos
que protestan, porque quieren más amor y caridad.
¡Oh, los buenos, los sinceros!.. ¡No bajéis nunca la frente!
¡yo os respeto!, ¡yo os admiro!, ¡yo también, humildemente,
á Dios pido más justicia... más justicia ó más piedad!

Quisiera para mi frente un destello luminoso
de la llama de amor viva que en ascuas puso el piadoso,
casto y encendido pecho de San Francisco de Asís.
No quiero lanza ni escudo que fortalezca mi brazo,
y es mi anhelo, ver fundidos en un apretado abrazo
á la azada y al martillo, con la altiva flor de lís.

Y de todos rechazado, por la fiebre consumido
de un amor extraterrestre, sollozando y dolorido,
por la cuesta de la vida sin rumbo y á ciegas voy.
¡No sirvo en ningunas filas!... Mis armas de ser soldado
rompí orgulloso, y las nuevas que el mundo busca afanado,
ni me las dan, ni las quiero: ¡ya sabes, lector, quien soy!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL CABALLERO ERRANTE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Manuel Verdugo.

Altivo el continente, de gallarda apostura,
de los ojos rielando una luz inmortal,
el bravo caballero de la gentil figura
raramente ataviado, por la agriosa llanura,
sereno y desdeñoso, va en pos del Ideal.

«¡Dios os guarde, señor de la lanza y la espada!
¿A donde vuestros pasos y con que fin guiáis?
¿Sóis tal vez caballero de la Santa Cruzada?
¿Tenéis á vuestra dama, por ventura, hechizada,
y el castillo encantado buscando ansioso váis?

¿Acaso huís la corte, porque el rey os fué esquivo
ó porque vuestros lauros marchitó hosca la grey?...
¡Tal vez coqueta dama os hizo su cautivo!...
¿Tal vez sóis el poeta desdeñoso y altivo
de quien diz que prendóse la hija mayor del Rey?

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿Usáis, señor, acaso, tan rara vestidura
porque sóis caballero andante y de temer.
y encamináis airado vuestra grande bravura
como aquel caballero de la Triste Figura,
á enderezar entuertos, y agravios deshacer?»...

Y, grave y orgulloso, el gentil caballero,
á mi requerimiento contestóme altanero:

«Yo soy la vieja cepa del habla castellana
la que amasó y redujo Teresa de Jesús,
el espíritu altivo del épico Quintana,
la luz esplendorosa que brilla y se engalana
en los místicos versos de San Juan de la Cruz.

Yo soy el alto espíritu que vibrante palpita
en los llanos romances de Lope y Calderón,
el del donoso y pícaro Don Juan Ruiz, el de Hita,
el de la amable calma y la paz infinita
de las dulces visiones de Fray Luis de León.

Yo soy de clara estirpe; de empaque rudo y fiero
en la guerra templéme: mi espíritu allí está;
un rufián soy á veces, á veces caballero,
y siempre soy el loco, feliz aventurero
que nunca se contenta ni sabe donde vá.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Una mueca en mis labios prendió la desventura;
soy soberbio: ¡no hay nadie que iguale mi valor!
no lloro ni lamento mi amarga sinventura:
¡soy aquel caballero de la Triste Figura!...
¡soy el grave y sereno señor de Morsamor!,..

Me tunde y apalea la advenediza gente,
follones malandrines sin patria ni ideal:
¿qué importa, si en los siglos viviré eternamente?...
Requiero mi mandoble, alzo altivo la frente
y prosigo mi marcha de ascensión inmortal»

«¡Dios os guarde, señor de la lanza y la espada,
el del limpio linaje y sereno valor;
dejad que humilde bese la tierra, que pisada
por vos, señor tan alto, es tierra consagrada:
de rodillas me postro á vuestros pies, Señor.»

Altivo y desdeñoso, revolviéndose fiero
las espuelas clavóle al soberbio alazán,
miróme de soslayo, sonrióse altanero,
y allá va el orgulloso y gentil caballero:
Don Gonzalo de Córdoba... Don Alvaro... Don Juan...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

AL PIÉ DE LA CRUZ

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Salve, piadosa Cruz! enseña santa,
símbolo augusto del amor divino!
Mi frente, humildemente,
ante tu altar inclino;
y arrancando del pecho
mi loco corazón, que va derecho
á ocupar el sagrado
lugar donde latiera
el de Nuestro Señor, alzo mi ruda,
mi pobre voz delgada y soñadora,
y de júbilo llena te saluda:
¡Salve, Cruz redentora!...

Eres como la luz: como ella hechizas,
transfiguras, inflamas,
fecundas, regeneras, divinizas;
y como ella, benévola derramas
vigor y fortaleza,
alegría, calor, gracia y belleza.
Y así como los cuerpos materiales
cuando el *fiat* pronunció Dios en los cielos
desgarraron sus velos,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y líneas y figuras,
atributos, medidas, proporciones,
perfiles y contornos, galas, dones,
en el sereno espacio dibujaron
y fueron, se formaron,
así también las almas sacudieron
su letargo mortal, cuando sintieron
en su caverna arder la luz sagrada
de la Verdad Divina Revelada.

En el precioso instante
en que te alzó por siempre consagrada
la Suprema piedad inmaculada,
brotó otra vez del cielo imperativa
la mágica palabra pronunciada
por Dios, cuando fijó la ley primera;
y fueron, cual las cosas materiales,
también las espirituales.
Todo cambió, se hizo; fué, no era:
afanes, añoranzas,
sentimientos, amores, esperanzas...
De corazón en corazón, la mano
bendita del Señor, un surco abriendo,
con caracteres de oro fué escribiendo
el caricioso nombre de cristiano.

Surgió la Caridad, llama votiva
que entre las almas la humildad eleva
y que abrasadas en su lumbre viva
al mismo trono del Señor las lleva.
Surgió el Bien: la bondad perfecta y justa,
la Belleza inmortal, casta, inmanente;
la Fé, salmo que canta
la pobre humanidad agradecida
ante la enseña del amor rendida;
el culto del deber, y al fin, la santa

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

resignación paciente
en el martirio y el dolor eternos...
Todo se renovó, todo se hizo
cual si las almas otra vez creara
el poder del Señor, al dulce hechizo
de la verdad que en tí se revelara.
Y el místico edificio coronando,
la piedad, condensando
en la plegaria ardiente
sus ansias, sus anhelos,
abrió todos los labios, y rotundo,
vigoroso, candente,
resonó por los ámbitos del mundo
el saludo inmortal: «¡Creo en Dios Padre,
Señor Omnipotente...!»
¡Oh, sol, si Dios te ha dado
un peregrino séquito de estrellas,
y, piadoso, te ha alzado
por dueño y por señor de todas ellas,
tú también, Cruz divina,
gallardamente alzada,
sobre la inmensa cúpula sagrada
que eleva el Vaticano,
contemplas á tus pies, arrodillada,
la grey inmensa del linaje humano!

Eres enorme, ¡oh, Cruz!, recia, grandiosa,
como la luz, ardiente,
como el mar, insondable,
como el amor, amable,
como la fé, potente.
Cuanto más, á tu lado,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

te contemplo admirado
—milagro del Señor—más poderosa
tu grave reciedumbre me parece.
Quien de tí va sujeto, se ennoblece
y el jugo y el sabor le halla á la vida,
y encontrará su senda más florida
cuanto más á tus pies se abrace y rece.
Madero tosco y rudo,
la maravilla del prodigio pudo
hacerla Dios tan sólo: de la infamia
y del baldón emblema,
apenas consagrada, removiste
toda la tierra y fuiste
de lo noble y lo santo la diadema.
Imperios derrocaste,
y tesoros de amor de tí manando,
una á una las almas enlazando
el nuevo trono para tí formaste.
Al cambiarse la historia,
nuevos ritos nacieron,
nuevas instituciones, nuevas leyes,
y aclamándote el mundo soberana
hoy te muestras ufana
en la misma corona de los reyes.
Más, con ser tan inmensa, todavía
no has cumplido tu fin: el fin excelso
que el Señor te confía.
Cuando cierre la noche
negra de la anarquía,
y las almas sin luz, rumbo ni guía,
vuelvan la espalda á Dios, tornen al lodo;
cuando el desórden llegue y todo gire,
todo desaparezca, cambie todo,
tú sola altiva y fuerte,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

más grande que el dolor, más que la muerte,
gallardamente alzada
sobre la inmensa cúpula sagrada
que eleva el Vaticano,
otra vez indulgente,
á poner volverás paz en la guerra,
por rara maravilla, eternamente
mostrando tu Verdad, y nuevamente
la Redención se hará sobre la tierra.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ELEGÍA MÍSTICA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un alarido de terror es toda
la redondez enorme de la tierra;
la guadaña fatal, su horrible poda,
en la tremante saña de la guerra
friamente ejecuta,
con osamentas trágicas marcando
y sangre palpitando
su inexcrutable ruta.

En manadas, los hombres,
entre sí, fieramente, ciegos chocan
y sin piedad invocan
luminosos, divinos, santos nombres.
¡Humanidad!... ¡Humanidad!... ¿qué haces?
¿tras que nuevos disfraces,
tu carátula astuta y solapada
ocultará alarmada
la iniquidad del cruento desatino?...

Fué ley inexorable del destino;
la tormenta vibraba en el ambiente;
era un vivero de odios cada fuerte
y cada corazón, un torbellino.
No fué aluvión que inopinado estalla
flores, riqueza y dichas agostando:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

un siglo entero lleva la batalla
de cerebro en cerebro rebotando.
Y cuando ya, sangrantes,
las almas por la fiebre enloquecidas,
volvieron delirantes
los ojos á su centro, y escondidas
lacras de podredumbre y de miseria
alzaron su dolor, inevitable
surgió el choque inaudito, formidable:
¡la horrible convulsión de la materia!...
¡Todo es desolación, ruina espantosa,
y en la triste tragedia dolorosa
toda noción espiritual se pierde;
¡es carne sola que voraz se agita,
vampiro colosal, boca maldita
que sus mismas entrañas rasga y muerde!
¡La grave pesadumbre de la pena
ha caído de golpe sobre el mundo;
de polo á polo, todo amarga y llena
el lento jadear del moribundo!
¡Que alienta un alma en cada cuerpo olvida
la Humanidad en su brutal querella,
y que las alas extendiendo en ella
la azul paloma del amor anida!
Lágrimas de amargura se desprenden
de los callados ojos de las cosas,
que el espacio recorren temblorosas
y como estrellas, al azul se prenden.
Los sólidos sillares
que fueron el sostén de los altares,
sin ruido se desploman, y aumentando
el loco desvarío se disgregan,
se rompen, los más altos ideales
y, gnomos infernales,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

saltando al borde de la hoguera juegan...
¡Padre Cristo-Jesús!... ¡Dios soberano!...
¡Señor de las leyendas!...

¿Donde fueron las santas, nobles prendas
que generosa derramó tu mano?
¡Rocío de purezas y humildades
que en el pecho los odios aquietara,
y que la fé cuajara
en la mística paz de unas verdades,
al nítido crisol de las piedades!...

¡Flores de santidad, que dichas tantas
arrojásteis al viento en vuestro aroma;
¿donde os desvanecéis, que nadie os toma?
¿Donde la gloria de tu arrullo cantas,
envuelta en tu nidal, azul paloma?...

¡Señor! ¡Salva á tu raza!
¡Por piedad, calma y cura
este furor insano, esta locura
con que la Humanidad se despedaza!...

¡Que se quiebra, se hunde y amenaza
el mundo deshacerse en mil pedazos;
porque es muy grande en la sangrienta lucha
la pesadumbre del dolor, y es mucha
la delgadez de sus dolientes brazos!...

¡Y tu nos salvarás, Señor! Un día,
maravilla de amor el cielo todo,
el puñado de lodo
alma será otra vez y poesía.

¡Cristo reencarnará!... Ya los timbales
de la esperanza, alegres lo pregonan,
al tiempo que las viejas catedrales
con orgullo y dolor se desmoronan.

Que en la tremenda siega de la muerte,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

aunque todo perezca hundido y roto,
este esperar ignoto
siempre resurgirá, pujante y fuerte.
¡Y será la planicie desolada
del drama eterno nuevamente escena,
y á los piés del Señor, arrodillada
otra vez gemirá la Magdalena!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HERMANA PRIMAVERA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Hay un asombro, un raro encantamiento
en la brisa que ronda la enramada;
como el presentimiento
de una grata noticia inesperada
que de tierras ignotas va á llegarnos.
Desconocida voz suave, velada,
parece despertarnos de un ensueño,
cual si una blanca mano inmaculada,
temiendo coronado ver su empeño,
tocara cariñosa y tenuemente
nuestros párpados quietos, endormidos.
Su tímido tañir da la campana,
y humilde, mansamente,
de lugar en lugar, de fuente en fuente
va y viene alegremente
nimbando de pureza á la mañana.
Derrama el sol su dádiva de oro
con tanta esplendidez por la campiña,
por el mar, por el monte,
y se pone tan limpio el horizonte
y el alma tan romántica, tan niña!...
¡Qué verso más gentil, en la fontana
compone oculto hado

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rimando con el son de la campana
en dulce pareado!...
¡Todo el cielo es la paz de una sonrisa,
el sueño de unas flores!
y al pasar va diciéndonos la brisa
tan deliciosas cosas
de amantes y de amores,
que el corazón se rompe, y sollozando
se arrodilla, ofrendando
á todo lo creado su tesoro.

¡Corazón que sollozas!: tu lamento
á los pies del Señor irá formando
collar de blancas perlas de rocío;
perlas que por su mano desgranadas
volverán á tu pecho transformadas
en virtud, fortaleza y alegría...

¡Llora y canta, alma mía,
que es de amor tu dolor!... ¿No has escuchado
el son de un cascabel que loco charla?
Pues si á gozar te invita
y en tus manos dejó la margarita,
es preciso de nuevo deshojarla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Jugando con el sol, grácil, parlera,
ha llegado la hermana Primavera.
Su cabellera de crujientes rizos
que cuajó sus hechizos
con las hebras de plata del Invierno,
en el crisol eterno,
hirviente y bullidor del sol de Mayo,
á los aires arroja casquivana,
y sus pies diminutos, desbrozando
las nieves del sendero, van sembrando
de arroyos claros y argentinas fuentes
la arisca desnudez; limpias corrientes
que en confuso y febril desbordamiento,
por la agreste pradera
la canción de la dicha van cantando,
á los campos llevando
regueros de abundancia y de contento.
¡Rubia, jovial y alegre Primavera:
por cada carcajada
que de tus labios brota,
surge un verso, un amor, una quimera,
una flor, una nota...!
El campo envuelto en luz, se despereza

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

paladeando sibarita el gozo
de contemplarse nuevamente mozo;
rompe en flor y en belleza
el sangriento capullo del granado;
caen serenamente,
copo á copo, las nieves del almendro
—lluvia de besos en la pura frente
de la mimosa hermana preferida—
canta el sol, canta el mar, canta la vida
la piadosa canción de la esperanza
é inicia Baco su graciosa danza,
graciosa y pervertida,
por corona de pámpanos ceñida
la dorada melena.

La selva se estremece
con el pagano soplo enajenada,
y todo tiene voz, todo parece
que surge nuevamente de la nada...
De pronto hay un silencio. Primavera,
recogiendo su rubia cabellera
entre los pinos se reposa un poco;
voz amarga comenta sus amores
y se queda durmiendo entre las flores;
el lindo cascabel, eterno loco,
unánime al sentir de todo calla;
tímidamente, entonces,
suena el rumor doliente de unos bronces
y el de un beso que estalla...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando llegue el Estío,
rijoso y fuerte como un dios pagano
todo fuerzas y brío,
osará descubrir con ruda mano
tu seno, hermana rubia... ¡Empeño vano!.
Yo sé que al golpe rudo
de su brusca pisada,
la maravilla ocultarás, airada,
de tu cuerpo desnudo
en el secreto azul de la enramada;
que eres tan pudorosa y recatada
y es tanta tu pureza,
que al atisbo tan solo del deseo,
herida y ofendida en tu belleza,
callarás asustada
el cálido gorjeo
de tu argentina y fresca carcajada!
Al tiempo que tú huyas,
se marcharán contigo,
de tu seno al abrigo,
amor y juventud: las galas tuyas.
¿Y qué importa, hermanita, que te lleves
tus sueños, tus locuras, tus canciones

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

y esa encendida fiebre de ilusiones
que en luminosa danza
por nosotros pasaron,
si en el páramo seco
de nuestras almas, otra vez brotaron
las flores de piedad de la esperanza,
y donde hubo una voz siempre hay un eco?...
¡Adiós, querida hermana hermosa y rubia!
¡Tú, que todo lo alegras y hermoseas,
por la mano de Dios, bendita seas,
hermana, que has sabido
desperezar mi corazón dormido!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

RESURECCIÓN

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Simulacros galantes,
ilusión del sentido
que á despertarse empieza
y en la revuelta oscuridad, va erguido
en busca del sendero florecido
donde rinde sus gracias la Belleza;
estelas de la llama peregrina
que en el seno de Dios vívida esplende
y que un rescoldo enciende
de corazón en corazón, eso era
lo que de amor mi pecho
hasta el instante en que te ví supiera.
En vano lamentaba mi tracaso;
marchitas unas flores,
otras nuevas, sus galas, sus colores,
mostraban á mi paso,
y á veces porque hastiadas
mis manos no llegaron hasta ellas,
las más, arrebatadas
por otras más astutas ó más bellas,
marchitándose fueron
y al marchitarse, alguna vez hicieron
que á mi labio asomara la ironía...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Y así, sin ilusiones,
unas veces de lado, otras de frente,
tranquilo, gravemente,
muy serio caminaba, caminaba...
Pero has surgido tú: ¡lo inesperado!
¡lo trágico y fatal!... ¡Cómo ha cambiado
en un momento todo!...
¿Esto es sueño, Dios mío?...
Mi alma se ha llenado de colores,
de belleza, de luz, de poesía,
y tiene como el sol mi fantasía
mágicos resplandores.
Ya me doy la razón de porqué vivo:
ya me encontré, y altivo
quiero imprimir mi huella
sobre el polvo gastado del sendero...
¡No! ¡No es este el capricho de un instante!
Es que me siento revivir gigante
de espíritu y de fé: es que te quiero
con todas las locuras:
con el dulce arrebato
que hasta el cielo transporta
y con el insensato
impulso de la carne que encenaga...
Del precipicio desperté en el borde:
si rodar es mi suerte,
¿qué importa, si he querido?
¡si al tenerte en los brazos he tenido
algo más que la vida y que la muerte!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL MISTERIO DE TUS OJOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Mirando tu mirada, se comprende
todo lo ambiguo de la vida actual:
esa luz insondable en que se enciende
¿es ropaje del bien ó flor del mal?

Escrutando en el fondo, se sorprende
como un alto deseo espiritual,
burlona ríe á veces y otras prende
en viva llama lúbrica, infernal.

Amantes, desdeñosas ó tranquilas
me estremecen, me acucian tus miradas:
¿Eres Marta?... ¿María?.., ¿Salomé?...

¡Misteriosa atracción de tus pupilas!...
¡Piedras trágicas, verdes, irrisadas
como aquellas malditas de Astarté!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EL MADRIGAL DE TUS MANOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tus manos son dos rosas: delicadas
blancas rosas de amor, que abiertas fueran
por dos rayos de luna que estuvieran
de su ingenuo candor enamoradas.

Si el fuego en que se animan tus miradas
por peregrino modo recogieran,
dos luces, las dos flores se volvieran,
al culto de la Vírgen consagradas.

Pulcras manos de niña principal:
vuestra excelsa blancura no desdora
el roce de la aguja y el dedal.

El sello del trabajo nunca humilla.
¡También las tuvo así Nuestra Señora
Doña Isabel Primera de Castilla!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

FLOR DE ROMERO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Eres menuda y mimosa
como la flor de romero;
menudita y olorosa;
tan frágil, fina y donosa
como la pluma graciosa
con que adornas tu sombrero.
¡Yo te quiero
mimosa flor de romero!...

Es tan pequeño tu pié
que apenas si se le vé
de entre las faldas surgir;
dime, divina bebé,
¿es una rosa de té
que se acaba de entreabrir?
¡Yo te quiero
mimosa flor de romero!...

Tus manos tienen la gracia,
la pueril aristocracia
de un florido madrigal;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de un beso, lo ingrave y leve,
la blancura de la nieve,
de la fé, lo espiritual.
¡Yo te quiero
mimosa flor de romero!...

Yo te quiero;
pero no por la hermosura
de tus ojos y tus manos,
ni por tu gentil figura,
ni por tu voz blanda y pura
como los salmos cristianos;
te quiero porque eres buena;
porque eres afable y llana;
porque eres casta y serena
como el amor de una hermana.
¡Yo te quiero
mimosa flor de romero!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

MOMENTO DE ARROGANCIA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Ramón Gil Roldán.

¡Qué triste cosa es navegar á ciegas
perdido entre el rumor del oleaje,
y contemplar escuálido y desierto
todo el ancho camino por delante!...
¡Oh, terrible dolor, de ver cerrados
las puertas y cristales
de las posadas que otro tiempo dieron
alivio al caminante!...
Vosotros, los cansados, váis sin rumbo,
la mirada lunática y cobarde,
el paso temeroso
y el gesto suplicante;
llena de sed y de tortura el alma,
llena de fiebre y ambición la carne...
y al final de la senda
sin que os espere nadie...
¡Oh, dolor de mirar la caravana
rendida y vacilante!...
Yo traigo fé y amores, y la risa
en mi labio desgránase

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ingenua como el agua y como el llanto
del niño cuando nace.
Traigo ilusiones vivas, palpitando,
románticos afanes
y luz de sol en mi pupila inquieta;
con mi cristal azul miro el paisaje;
sé creer, sé esperar y traigo virgen
mi espíritu y mi carne,
¡y al final de la senda
á mi me espera alguien!...
Vosotros, los gastados,
libre el paso dejadme,
toda la anchura del camino quiero:
¡idos á un lado, gente miserable!
¡Estúpidos rebaños,
cuerpos vivos sin sangre,
pan de la muerte, luces apagadas,
os desprecio altanero: Abridme calle!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CANCIÓN DE LOS SUSPIROS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Manolo Real.

¡Qué dulces son, qué graves, las clásicas folías!...
llanto para la muerte, gozo para la cuna;
canción de los suspiros castellana y moruna,
alma de mi Nivaria, flor de melancolias.

Nacieron para orgullo de la guitarra, y guias
sombrosas son que llevan en su rasgueo, á una
de las fastuosas cortes donde la media luna
fué dueña y soberana en los pasados dias.

¡Folías de mi tierra, con que mi padre amara
y en donde tantas veces mi amor se reflejara!...
¡Canción de los suspiros de son doliente y blando,

suave como la guzla; noble como Castilla:
eres de todo un pueblo la voz y la semilla,
y a través de tus notas, Tinguaro sigue hablando!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ALTA PLÁTICA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

I

¡Amor de Caridad!... ¡Rayo divino,
que buscaste reposo y aposento
en las almas vencidas, dando aliento,
consolación y gozo al peregrino!

¡Arroyo de aguas puras, cristalino,
donde su sed de amor calma el sediento,
tibia sombra que al márgen, un momento,
en la aridez te ofreces del camino!

¡Amor de Caridad!... ¡Flor de pureza,
que en tu aroma eres paz y fortaleza
para las pobres vidas defraudadas:

vuelve á ocupar en mi alma el nido blando,
el áspid de mis dudas arrancando
con tus manos piadosas, delicadas.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

II

Mi pecho es una llama de amor viva,
llama tan poderosa, recia y fuerte,
que cuanto más pretendo darle muerte
con pujanza mayor su fuego aviva.

Es inútil, Señor, que el alma, esquiva
á tu amante reclamo ose ponerte,
que si el cerebro logra repelerte,
más y más ella pide ser cautiva.

Y unas veces creyendo, otras dudando,
en esta horrible lucha va quedando
mi pobre corazón hecho pedazos...

¡Despréciame, Señor, si me hallas tibio,
ó concédeme al fin piadoso alivio
en el santo refugio de tus brazos!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

III

¡Quiero morir por Tí! ¡Quiero abrasarme
en el ascua imperiosa de la fé!...
¡Ampárame, Señor!... ¡Vuelve á llevarme
por la senda que incauto abandoné!

¡Señor!... ¡Señor!... ¡Ayuda á libertarme
de los odiosos brazos de Astarté!...
¡Creer anhelo, y otra vez tornarme
en aquel niño ingenuo que se fué!...

¡Otra vez quiero hallarme el alma pura
y jamás satisfecha de quererte!...
¡Vuelva mis alas á quemar tu luz!...

¡Quiero volverme loco, y mi locura
encadenar con lazo amante y fuerte
á la santa locura de la Cruz...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

IV

¿Donde está la verdad?, me preguntaba,
y fuí á la ciencia á esclarecer mi duda...
¿donde está la verdad?, también, sañuda,
á mi afán como un eco contestaba.

Al divino sendero retornaba,
más, con el alma rencorosa y muda,
y tampoco la fé, severa y ruda,
á mi triste orfandad consuelo daba.

Volví los ojos al amor humano,
y al secarse la flor, hallé en mi mano
un poco de ceniza y más de lodo.

Ardí en la caridad, y hallé templanza;
díme entero á la fé, y hallé esperanza;
¡busqué en mi corazón, y lo hallé todo!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

V

Dudando de tu amor, vencido, inerte,
en ansias de tu amor me derretia,
y más ardientemente te queria
cuanto más anhelaba no quererte.

A tus plantas, Señor, vuelvo á traerte
limpia y casta otra vez el alma mia:
¡amor que con la duda no porfia
no es amor duradero, ni amor fuerte!

¡No es tu amado el creyente que no yerra!...
¡Yo negué tu grandeza, Padre mio,
y al negar te afirmaba con más brio,

que cuanto más la duda á mi se aferra,
más siento que mi fé se va ensanchando
y con más alto amor te estoy amando!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

CURA DE ALMAS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A D. Pedro Ruiz de Arteaga.

Abrí la puerta y penetré en el templo.
La nave, solitaria,
estremecióse y despertó al profano
rumor de mi pisada.
El alma del silencio, sorprendida,
alborotó las alas
en mi pecho poniendo más angustia,
más pavor en mi alma.
Mística y recogida luz de ensueño
los altos ventanales tamizaban,
pintando sobre el mármol, como sombras
de unas figuras graves y alargadas.
A lo lejos sonaron
melancólicamente las campanas,
invadiendo sus ecos el recinto
como bandada de palomas blancas,
que perplejas de asombro ante el misterio
palpitando en el aire se quedaran.
En la serena soledad, de pronto,
centelleó la lámpara

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que á los pálidos pies del Cristo ardía,
y fué como una voz que me llamara,
una voz cariñosa
de humildad y emoción, como de hermana.
Acerquéme al altar, y de rodillas
puse el cuerpo y el alma,
alzé mi corazón hasta los labios
y de ellos, mansamente, cual las lágrimas
de mis ojos, fluyeron mis pasiones,
mis angustias, mis ansias;
y le pedí perdón para mis culpas;
y le pedí piedad para las almas
que la hermosura de su luz no entienden
porque nunca se irguieron á mirarla.
Cesó la pena de abatir mi pecho,
y al finar la plegaria,
como una dulce mano cariciosa
sentí que aprisionaba
mi ardiente corazón, todo abrasado
en amorosas llamas.
Volví á la calle consolado, bueno;
y supe compartir mi humilde capa,
como aquel San Martín de la leyenda,
con un pobre enfermito que pasaba;
y por primera vez supe de un gozo
en lo hondo, más hondo de mi alma.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

MEDALLA DE OTROS TIEMPOS

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A D. ANDRÉS DE ARROYO.

¡Oh, la vieja ciudad de La Laguna
grave y austera como una plegaria!...
Mística, recogida, solitaria;
sombrosa y triste como luz de luna...

Tus calles, tus conventos, son como una
evocación piadosa y legendaria,
y eres como la fibra de Nivaria,
como el nervio ó raiz, como la cuna.

Medalla de otros tiempos, tus grabados
pule y conserva como un gran tesoro:
no dejes penetrar en tus estados,

aunque sostengas desigual batalla,
la nueva alquimia que al probar si es oro
deshace ó desfigura la medalla.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA HORA MÍSTICA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A D. José Tabares Bartlet.

Todo tiene una dulce serenidad de encanto,
el aire, el mar, la selva... Es la hora divina
en que el sol, recogiendo su majestuoso manto,
se retira solemne... En que á rezar se inclina
el alma del cristiano, y á pensar el ateo,
en la que se derrama por sobre el corazón
una suave, serena, sutil melancolía;
en que se sube al alma como un vago deseo
de llorar, de ser bueno y de pedir perdón...

Un tímido tañido suena en la lejanía,
es el *Angelus*... ¡Llora!... ¡Llora y reza, alma mía!

Todo tiene una dulce serenidad de encanto,
una paz, un silencio como de camposanto;
la selva solitaria que llora, que se queja,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

las estáticas nubes, el astro que se aleja,
la esquila del rebaño que se recoge al puerto,
el mar, que es un espejo, una muerta laguna,
las montañas azules y el trémulo é incierto
resplandor vagoroso del nacer de la luna...

El aire se adormece sobre el pinar y canta...
Un dulcísimo ahogo se sube á la garganta...
El pálido lucero de la tarde se enciende...
El campo se ha dormido. La lucha se suspende.

Otra véz la campana suena en la lejanía...
Es la hora: recemos: ¡Dios te salve, María!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

EVOCACIÓN

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A ALFREDO DE TORRES.

Solitaria y escueta, toda nervio y reciura,
como un sayal enorme tendido bajo el sol,
se retuesta y extiende la sagrada llanura,
la sagrada llanura parda, jugosa, dura,
raiz, madre y cimiento del solar español.

Hay un grave silencio: es un templo esta tierra
en que todo parece que se dispone á orar,
y al mirar la azul línea que el horizonte cierra,
la fé con más ahinco al corazón se aferra
y obliga al pensamiento á subir, á esperar.

Y por el espinoso camino se adelanta,
de los ojos rielando lenta y pálida luz
y en la frente los oros de una diadema santa,
un pobre frailecico que en los brazos levanta
el dulce y grave peso secular de la cruz.

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Dejos de letanía van cayendo piadosos
de sus labios, regueros de un encendido amor,
que al rodar por los aires, sus ecos cariciosos
van buscando el refugio de los pechos ansiosos
de abrasarse en la fiebre del afán de dolor.

. . . . . .

«¡Oh, cauterio suave!... ¡Oh, llama de amor viva,
qué tiernamente hieres!... ¡Oh, ignorado placer!...
¡Oh, regalada llaga; pues ya no eres esquiva
acaba ya si quieres, que más y más se aviva
cuanto más se consume en este eterno arder!...»

«¡Oh, lámparas de fuego en cuyos resplandores
las profundas cavernas del sentido, calor
y nueva luz hallaron!... ¡Oh, exquisitos primores!...
¡Oh, toque delicado!... ¡Oh, dulces sinsabores!...
¡Cuan delicadamente me enamoras, Amor!...»

. . . . . .

Las espinas en rosas convierte el carmelita
al conjuro del casto salterio de piedad,
y parece más ancha la llanura infinita,
y la límpida bóveda mayor y más bendita,
y más puras las almas, más llenas de humildad.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

La delicada carne de sus piés despedaza
el seco y duro suelo, y en sus labios la té,
poderosa y ardiente como la cruz que abraza,
palpita como el alma vibrante de la raza,
¡de esta raza cansada que olvida lo que fué!

El óvalo acabado de su rostro de asceta
dice las vivas ansias, el profundo latir
de su loco y divino corazón de poeta,
que á la tierra un delgado hilo de luz sujeta
y muere por el hondo dolor de no morir.

¡Rosa blanca de ensueño! ¡Fuente serena y clara!
¡Faro de una apacible y aromática luz!
¡Milagroso destello de la piedra preclara
que la mano piadosa de Cristo consagrara!
¡Alma fuerte é insaciable de San Juan de la Cruz!

El poeta no sabe más que besar tus huellas
y recoger henchido de místico fervor,
las palabras dulcísimas, clamorosas y bellas
que en el alma florecen como un nimbo de estrellas,
¡y llorar abrasado por la llama de amor!...

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

AL SAGRADO CORAZÓN

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Corazón de Jesús! ¡Pan del cristiano!
¡Destello soberano
del divino y excelso luminar!,
mi pobre corazón, deshecho y roto,
traigo como un exvoto
que poner á la orilla de tu altar.

¡Señor, no lo rechaces!... Mis pecados
fueron los escarpados
senderos de agonia en que te hallé:
sustancia de mi fé son mis traiciones,
¡Señor, no me abandones!
¡pon tus ojos, no más, sobre mi fé!...

No acertaba á escuchar tu voz sumisa
prendido en la sonrisa
de unos labios, de un verso, de una flor;
fué preciso que el velo se rompiera
y que tras él surgiera
la muda y grave estampa del dolor.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Acógeme, Señor!... Abre frondosa
la blanca flor piadosa
del amor, la belleza y la verdad,
que está en mi alma solitaria y yerta
por el reptil cubierta
de la grosera y ruin sensualidad.

De la gracia, el maná, como rocío
descienda al pecho mío:
¡Ampárame, Sagrado Corazón!
¡No me dejes vagando entre estas ruinas!
¡Corónome de espinas;
pero dáme, Señor, tu bendición!

Yo quiero ser humilde; casto quiero
ser como del romero
el campesino aroma virginal;
que fluya de mi pecho la honda pena
mansa, pura y serena
como el agua del limpio manantial.

¡Dulcísimo Jesús! ¡Rey de los Reyes!
el foco de tus leyes
irradie sobre mí paz y virtud;
yo quiero ser un niño para amarte;
yo quiero consagrarte
mi fé, mi corazón, mi juventud.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Amor de los amores! ¡Jesús mio!,
dáme pujanza y brio
para la eterna lucha con el mal;
colgar mi pobre nido yo quisiera
en el borde siquiera
de tu regazo tibio y maternal.

Mi rebelde razón, desesperada
mariposa dorada,
quiere abrasar sus alas en tu luz,
y rechazando dudas y temores,
con cadena de amores
sujetarse á los brazos de la cruz.

¡Acógeme, Señor!... Tiende tu mano
á este despojo humano
que tanto llora por amor de amar;
de mi sér la ruindad de cuajo arranca,
y en él coloca la paloma blanca
de un callado y dulcísimo esperar.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DE LA VIEJA CEPA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al P. Herráiz Malo: firme
y recio baluarte de la fé y de
la tradición.

I

Mi altar—después de Dios—sube y venera
la estampa del Marqués de Santillana,
y con eterno amor, la castellana
llanura de quien él símbolo fuera.

Llevar entre mis labios yo quisiera
la flor de su sonrisa cortesana,
y al brazo, su recia hoja toledana
que á la caza de herejes anduviera.

Con mi fé de granito, bravo acero,
romper en mil pedazos la escayola
del ídolo que á Cristo da heredero;

y envuelto con mi capa á la española,
ser otro nuevo Ignacio de Loyola
duro, impasible, pertinaz y fiero.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

II

Yo quisiera llevar sobre la frente,
el airoso penacho que llevara
aquel mágico Duque que sonara
sus espuelas por todo el continente.

Que mi rostro cobrizo, en lucha ardiente,
horrible cicatriz le atravesara
que mi fama y mi nombre acrecentara
de audaz, de novelero y de valiente.

Del Cid ó de Álvar Fáñez, la bravura
en mi pecho guardar y aquella pura
fé sublimada que cantó Teresa:

Ser héroe ó ser santo, que Castilla
no quiere dar al mundo otra semilla;
¡y debe hacerlo, que su ley es esa!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

REBELDE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Castilla, despierta!... ¡Tu gesto altanero
recobra!... ¡Recobra tu altivo pendón!
¡Empuña la espada!, ¡qué vibre el acero!
¡Sacuda su crespa melena el león!

¡Tu fuiste indomable!: ¡rebelde te quiero!
¡Rebelde á quien mancha tu limpio blasón!
Resuene en los aires indómito, fiero,
un grito tremante de fé: ¡¡Rebelión!!

¡Don Álvaro, surge!... ¡Los Condes!... ¡La Brava!...
¡Tu patria, Gonzalo, tu patria está esclava!...
¡Es fuerza que estalle tu furia en la lid!...

Yo miro en la sombra que avanzan calladas
rujiendo iracundas, las nobles mesnadas
que al frente llevaron el casco del Cid!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CRUZ DE GRACIA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A ENRIQUE CARRASCO.

Entre pinos y encinas,
brezos y hayas,
entre flores y cardos,
maleza y zarzas;
cual de la fé la enseña
los brazos alza,
en un claro del monte,
la Cruz de Gracia.

Niños, mozos y mozas,
viejos y viejas,
vecinos del poblado
que el monte cerca,
una ciega confianza
le tienen puesta
y sus muchos milagros,
ingenuos, cuentan.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al gañán que le pide
lluvia abundante,
anegando los campos
la Cruz complace.
Si por el hijo enfermo
pide una madre,
hace la Cruz bendita
que pronto sane.

Si el querer de un ingrato,
linda mozuela
le pide desolada
—que es cosa vieja
el desdén en amores—
la Cruz consuélala,
haciendo que el amante
torne á quererla.

Si el pastor descuidado
pierde las cabras,
á la Cruz invocando
pronto las halla.
A todos satisface,
todo lo allana
la de los bosques reina,
la Cruz de Gracia.

Una trágica noche
del crudo invierno
desató la tormenta
su furor ciego;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

devastaron los campos
lluvias y hielos,
y amenaza fué el ronco
clamor del trueno.

Un rugido fué el cielo
hosco y airado,
y las cárdenas nubes
su faz rasgando,
escupieron terrible
fúlgido rayo
que a la Cruz milagrosa
rompió los brazos.

Por entre las encinas,
brezos y hayas,
más veloces rodaron
que si volaran;
de un barranco en el fondo,
tristes, descansan.
¡Ya murió para siempre
la Cruz de Gracia!

Ya no invocan su nombre
los toscos fieles,
sus promesas y exvotos
ya no le ofrecen,
y a rogar fervorosos
¡ay! ya no vienen

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

que el poder milagroso
murió por siempre.

Los gañanes su ayuda
ya no le imploran,
y a rezarle no acuden
mozos ni mozas;
¿donde fué el poderío,
la fuerza ignota,
de aquella Cruz de Gracia
maravillosa?

En la paz de los campos
mudos y yertos.
que el temporal dejara
tristes y escuetos,
altivos todavía
se alzan los restos,
que amenazar parecen
iras del cielo.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

MI SEÑOR, DON QUIJOTE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

I

¡Oh, mi señor y dueño, Don Quijote!...
orgullo y paladín de la proeza,
flor y nata de toda gentileza,
del desafuero y la ruindad azote.

La Mancha os vió nacer y os dió su mote,
porque fuera mayor vuestra nobleza;
y en vos, blanco rosal de la pureza,
toda humana virtud halló su brote.

Bien entiendo que soy un pobre diablo
y que no comprendéis como se atreve
mi palabra ante vos á ser sonora,

mas, ved que es de rodillas como os hablo,
y que también, cual vos, beso la nieve
de los graciosos pies de Altisidora.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

II

Don Miguel de Cervantes, el divino,
os puso á cabalgar en Clavileño,
cuando de vos trazara aquel diseño
que abrió á las almas tan sutil camino.

No fué ironía del ingenio fino
que en motejaros tuvo ruin empeño,
fué humanismo, más bien, franco y risueño
con que haceros más noble y peregrino.

Para el gran Don Miguel fuisteis como una
de esas meditaciones de la luna
sobre el terso semblante del remanso;

él fué como la paz del agua clara
donde vuestra esquivez se reflejara,
y os hizo Alonso el compasivo, el manso.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

III

¡Mi Señor Don Quijote!... ¡Quién tuviera
bajo las alas el fogoso aliento
que á las vuestras alzó del pavimento
en que la grey trasuda y vocifera!

Aunque de nuevo Juan Haldudo riera,
la pena torturante del lamento,
para mi recia espada, llamamiento
en donde quiera que sonora fuera.

¡No me mentéis á Sancho!... ¡Nada quiero
con ese vuestro pánfilo escudero,
ni me importa la humana griteria!...

De la Señora que adoráis soy paje;
y sé que está prendido en el encaje
que es gala de su pecho, el alma mía.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CANCIÓN DEL AGUA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A José Bernández Amador.

Clara como el rumbo de un buen pensamiento,
limpia como el sueño de una niña casta,
ingenua, gozosa,
un poco azulada,
por la acequia corre trenzando armonías
bulliciosa el agua.

Pára, caminante,
un momento pára;
mira como corre,
como corre el agua...

¡Oh, el ritmo apagado de los madrigales
mimosos que canta!...
¡Oh, la soledosa cadencia de amores
que en rimas engarza,
cómo va avanzando, allá dentro, allá dentro,
hasta reposarse en el fondo del alma!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Pára, caminante,
un momento pára;
mira como corre,
como corre el agua...

Los álamos viejos, gravemente inclinan
su frente nevada,
y el blanco semblante, terso y reposado,
la linfa retrata.
Un rayo de luna silenciosamente
se tiende en el agua,
y en la lejanía, turbando el misterio
turbando la calma,
una voz que dice de amores nostálgicos
cadenciosamente sus ansias derrama,
y sus ecos dejan
más quieta la noche, más noble la calma...

Pára, caminante,
un momento pára,
y en este remanso
de piedad, descansa...

Quisiera dormirme tendido á la sombra
de los viejos álamos que la orilla guardan,
y avaro, gozoso, beber los ensueños
que en rimas engarza,
corriendo amorosa
por la acequia el agua...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Agua dulce y buena!...
¡Agua buena y clara!...
como tu, radiante,
te traigo mi alma:
¡quiere ser tu esposa!...
¡quiere ser tu hermana!...

¡Oh, el ritmo apagado de los madrigales
mimosos que cantas!...

¡Pára, caminante,
un momento pára;
y en este remanso piadoso y risueño
unamos las almas,
descansando juntos á la fresca sombra
de los viejos álamos que la orilla guardan...

¡Oh, la soledosa cadencia de ensueños
que en rimas engarzas,
agua limpia y buena,
agua buena y clara!...

Pára caminante,
un momento pára,
y en este remanso
de piedad, descansa...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HUMILDAD

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A RAFAELA ABADÍA.

Como un sueño de amor, tan delicada,
tan sensual y divina sóis, señora;
como un bello pecado tentadora;
como una rosa, pulcra y perfumada.

Tenéis la juventud, la gracia alada
de un poema pagano; y triunfadora
de todo mal y bien, vivís sonora
en el gozo de vuestra carcajada.

Yo os quisiera alabar, señora mía,
pero es sólo un rumor mi poesía:
¡no es voz siquiera, cuanto más pincel!...

No soy más que un buen chico provinciano
que en vuestros ojos preso, quiere ufano
echarse a vuestros piés como un lebrel.

Marzo 4/915.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

NOCTURNO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Juan González Martín.

En el luminoso tapiz de los cielos
la mística lámpara de la luna pende;
y su tibia y suave polvareda blanca
á la mar en castos cendales envuelve.

El cristal radioso del agua semeja
un límpido espejo perlado de nieve,
y son las estelas, caminos de plata
que abiertos al alma viajera se ofrecen.

El grave silencio del campo dormido
y la paz divina de la noche, tienen
un dulce y extraño terror de misterio
que como un aroma en el pecho vierten.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Todo está en reposo, callado, y medita,
y en medio del alto silencio, se siente
el acompasado latir del gigante:
del mundo que duerme.

Inquietante angustia se adueña del pecho
que todo encendido de amor se estremece,
y el santo consuelo de unas tibias lágrimas,
á los ojos sube silenciosamente.

¡Mágica armonía del cielo estrellado!
tu grave y augusta majestad, ¿qué tiene
en las apacibles noches estivales
que el ánima pones vibrante y solemne?...

Al rozar mi labio, la brisa, ¿qué dice?...
atento el oido, ¿qué escucha?... ¿qué advierte?
¿también tienen alma las cosas y sueñan?...
¿también el silencio corazón posee?...

Los muertos nos hablan, tal vez, y el sentido
torpe y extraviado la lengua no entiende?...
¿Es Dios, que á la tierra, piadoso, magnánimo,
á unirse á los hombres en un beso viene?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Sirius ha prendido su pálida llama;
su luz resplandece
como una esperanza, como un vago ensueño,
como algo inefable después de la muerte.

El alto silencio más grave reposa,
y apagadamente
un rumor de alas sobre el alma cruza...
alma del misterio: ¿qué buscas?... ¿qué quieres?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

OFRENDA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Para esas pobres vidas candorosas,
para esas pobres vidas apagadas,
obscuras y modestas,
que en silencio trabajan
y en silencio suspiran
y en el silencio aman;
para esas pobres vidas que en lo hondo
del corazón levantan
un altar á lo bueno
y á todo lo romántico peana;
para esas pobres vidas silenciosas,
humildes, recatadas;
para esas pobres vidas que en el pecho
la perfección cristiana
les escribió un poema
de unción y tolerancia;
¡para esas pobres vidas admirables
sean hoy mis alabanzas!...

¡Oh, pobres princesitas sin castillo!
¡pobres almas de Dios!... ¡Oh, pobres almas
que luchan aspirando
el perfume de amor de la esperanza!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Ovejas del Señor, que en el ovillo
de la vida devanan
suave, discretamente,
lo mismo las sonrisas que las lágrimas!...
¡Soñadoras y alegres
cabecitas románticas,
que el peso de la cruz sobre sus hombros
piadosamente aguantan;
y cuando, alguna vez, posa la dicha
en sus mejillas pálidas
un ósculo de amor, de igual manera
sonriendo se callan!...
¡Hormigas incansables
que en la mística paz de vuestras casas
levantáis edificios
de tesón y constancia,
con la aguja en la mano
y al pie de vuestras máquinas!...
¡Almas dulces, serenas, adorables,
castas y delicadas;
yo os respeto; yo os amo; yo os admiro;
porque así son mi madre y mis hermanas,
humildes, recogidas,
laboriosas y honradas!...

Ellas ignoran todo de la vida,
de la vida exterior, la de las plazas,
corrillos y paseos;
ellas no saben nada de las almas
que al pecado se entregan, por codicia,
por perversión y ansia
de mundanos placeres,
de vida regalada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Ellas nada conocen de la moda,
de plumas y de galas;
nada saben tampoco de la envidia,
de la lucha enconada
por escalar un puesto,
por ilusiones vanas;
ellas nada conocen del misterio
de esas locas fortunas ignoradas
que en un momento elevan
para caer mañana.
A su estrecho recinto
colocan una valla,
que del mundo y su feria de ambiciones
amante, las separa.
Son místicas ovejas,
pobres almas de Dios, flores sagradas,
que vierten su perfume en el regazo
de la piedad cristiana,...
Y ofreciendo su amor, se sacrifican
con la frente á los cielos elevada
al padre ó al esposo ó al hermano;
y en la dura tarea cotidiana
le ayudan animosas,
le arrullan, fortalecen y agasajan;
¡y así van bendecidos
á la faena diaria!...
Ellas son como sombras,
al márgen de la vida colocadas,
donde el atormentado y triste espíritu
se adormece y descansa.
Son las manos piadosas
que la herida restañan;
y esas cosas menudas, inombrables
que la existencia amargan

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

con un gesto sencillo
desmenuzan y aclaran...
¡Almas recias, valientes,
en apariencia lánguidas,
yo os respeto, yo os amo, yo os admiro;
porque así son mi madre y mis hermanas:
¡Tomad mi corazón que se os ofrece
rendido á vuestras plantas!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

FLOR PIADOSA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tienes los ojos vagos, profundos; recatada
—tus párpados son dueñas que celan tu pudor—
á la vida, tras ellos, tu alma está asomada
como un capullo, apenas, que quiere hacerse flor.

De todos tus encantos nada me hechiza, nada
enciende en mí la llama crujiente del amor
como tus ojos vagos; tu mística mirada:
¡tus ojos son dos cirios que alumbran al Señor!

Yo te adoro, divina evocación piadosa
de tiempos medioevales, de imagen de retablo;
como la ojiva subes hasta Dios, silenciosa...

Mi espíritu se envuelve en la paz de la unción
contemplándote, amándote; y mi voz, cuando te hablo
se desliza implorante, en salmo, en oración.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A BECQUER

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A BECQUER

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En las rosas marchitas, deshojadas,
en la sonrisa que los tristes tienen
y en los gratos recuerdos de las cosas
que se marcharon y otra vez no vuelven;
en el misterio de las aguas quietas
y en el lucero que en la tarde prende
su apagado fulgor; y en la divina
penumbra en que se envuelve
la tierra, soledosa,
cuando el sol desparece,
hay la misma tristeza derramada
que la tristeza que tus versos tienen:
una tristeza dulce, resignada,
que el ánimo estremece.

La musa de tus rimas
tuvo los ojos verdes,
y supo de inquietudes y amarguras,
y supo del dolor y de la muerte,
y supo conservar una sonrisa
delicada y sutil, piadosa siempre,
ante el grave misterio de las cosas
que en su red nos sorprende.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cabecitas románticas, eternas
forjadoras de alegres
ensoñaciones y quimeras dulces;
almas viajeras que subís la breve
y empinada pendiente de la vida
siempre soñando y esperando siempre;
pájaros que tenéis las alas rotas
y que alzarse del suelo aún pretenden;
los que lloran serenos, resignados,
los que la luz mantienen
de una esperanza viva,
en el fondo del pecho y de ella alienten;
los que se suben sobre el alma y cantan;
los que su corazón abierto lleven,
y como nido blando
al dulce fuego del amor lo ofrecen;
á vosotras, las cándidas
almas vulgares, silenciosas, débiles,
á vosotros los buenos, los ingenuos,
os pido humildemente,
una lágrima, un sueño, una esperanza,
para forjar un verso y ofrecerle
en homenaje á la doliente musa:
la de los ojos verdes.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡ARRIBA, CORAZÓN!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Arriba, corazón!.., ¿Estás cansado?
¿tu belicoso ánimo flaquea?...
¡Pareces empeñarte en que te crea
un viejo setentón desengañado!

No quiero verte triste, resignado,
y es preciso que vibre en la pelea
tu febril entusiasmo por la Idea:
¡hay que ser fuerte, corazón, y osado!..

Te ha mandado tu fé, Díos y tu espada
una bandera sostener izada,
contra todo orgullosa y arrogante;

¿Son tus penas de amor? ¿son desengaños?
¿Y tus dulces, floridos veinte años?...
¡Arriba, corazón!... ¡Siempre adelante!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ROMÁNTICO DOLOR...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ROMANTICO DOLOR

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Romántico dolor abrió en mi pecho
una sangrienta llaga.
No sé que mística, inefable y vaga
angustia meláncolica me oprime
y mis ojos de lágrimas rebosa...
¿Porqué mi corazón suspira y gime?...
¿Es nostalgia de amores
tal vez, esta amargura?...
¡De lejanos amores que se fueron
sin gustar su sabor dulce ó amargo
y que mi senda atormentada y dura
más tétrica volvieron!...
Es ansia de infinito,
desperezo del alma que se empeña
en encontrarse alas
que piadosas le eleven
á atmósfera más pura y más risueña.
Es algo obscuro, misterioso y suave
que á placer y á dolor á un tiempo sabe.
Afán desconocido
que el corazón dormido
vivifica y despierta...
¿Ha puesto Dios sobre mi frente un beso?...
Amor de los Amores.
¿has llamado á mi puerta?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÁBRETE, CORAZÓN...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Ábrete, corazón, como una blanca
rosa primaveral
y colócate humilde y reverente
á los piés del altar!

Ascienda clamorosa tu plegaria
toda fé, toda luz,
y como aguda y rápida saeta,
atraviese el azul.

No escuches á lo externo, y en la oriíla
de tu abismo interior,
allá en el fondo de tu sér, acierta
á encontrar sólo á Dios.

¡Ciego que buscas entre espinas rosas
tanteando al azar
de nuevos horizontes siempre ansioso,
de eterno más allá,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Descansa al fin de tu contienda loca;
reposa, corazón!
¿No escuchas?... Es un eco; más, el eco
de alguna voz es voz...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA ESFINGE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Sobre la losa sepulcral que guarda
los pobres restos de mi amor primero,
se ha sentado la esfinge.
Silencioso contemplo
los dormidos cristales de sus ojos.
En vano que pretenda
escrutar el abismo, en vano quiero
abrir su corazón, llegar al fondo
desgarrando su pecho.
¡Siempre mudos sus ojos, siempre inmóviles!...
¡Siempre el enigma: el cruel enigma eterno!...
¿Qué reserva al futuro mi destino?
¿Será mi amor primero
único amor gustado?
¿Será irrompible sello
que tenazmente cerrarále el paso
á los amores nuevos?...
¿No encontraré esperanza?...
¿Tal vez mi desengaño será eterno?...
¿Nunca el pájaro azul de la alegría
á cantar volverá dentro mi pecho?...
¡Oh, estos ojos inmóviles,
siempre insondables, misteriosos, yertos!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

NOSTALGIA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Entre las ruinas de mi amor brotaron
unas blancas, humildes margaritas,
unas pálidas flores
lunáticas y frias...
¿Donde fué mi clavel, aquel sangriento
clavel que enrojecia
todo mi pecho, retostado al fuego
de la pasión divina?...
¿Donde has ido, mi dulce amor romántico
por aquella donosa princesita
de ojos claros, serenos,
de suave y enigmática sonrisa,
de manos diminutas como nardos,
de acompasadas é impecables líneas?...
¡Pobre amor!... ¡pobre amor!.., ¡qué breve fuiste!...
Relámpago de dicha
que iluminó un instante
el oscuro sendero de mi vida!...

. . . . . .

Entre las ruinas de mi amor brotaron
unas pobres, humildes margaritas,
que, sedientas de amor, miran al cielo
silenciosas y tímidas!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¿TE ACUERDAS?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Fué en una noche de quietudes llena,
como el nombre de Dios, solemne y grave;
como un limpio anhelar, casta y serena;
como un beso de amor, mimosa y suave.

Lágrimas de piedad, como cuajadas
sobre la azul serenidad del cielo,
las pálidas estrellas parecían;
como al través de delicado velo
sus luces, mansamente, desleían.

El mar era una balsa de aguas puras,
tímidas misteriosas...
unas dulces palabras cariciosas,
ungidas de románticas ternuras,
decía el blando son del oleaje.

Surgiendo del follaje
de los jardines en amor dormidos
las rosas blancas su candor ponían;
sus místicos aromas, recogían
sorbo á sorbo, avarientos, los sentidos.

Y lleno del misterio de la hora,
en inquietud gratísima deshecho,
Primavera, la amable encubridora,
con su mano de plata abrió mi pecho.

¡Oh, noche inolvidable!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Cuando mi labio dijo el inefable
y tímido «te quiero»,
de la manera casta y delicada
que sólo suena en el amor primero,
me quedé más confuso y encendido,
y tú ¡más encarnada!...
¡Oh, recuerdo querido
de aquella edad de oro!...
¡Oh, los tiempos pasados
en que para decirnos «yo te adoro»
tuvimos que ponernos colorados!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TRAS EL CRISTAL...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Tras el cristal de tus ojos
que nada enturbia ni empaña,
se transparenta inefable
la ingenuidad de tu alma.
¿Qué te importa que no seas
un prodigio de elegancia,
ni tu belleza un asombro
ni una perfección tu cara,
si es tan dulce, tan serena
la ingenuidad de tu alma?...
En la quietud del remanso
prefiero mirar el agua,
que no en surtidor divino
á los cielos elevada;
porque aunque admira y sorprende,
en verdad, mirarla ufana
recoger del sol los rayos
que en lluvia de oro derrama,
nunca es tan pura y tranquila,
tan pura, tranquila y clara,
como en la paz del remanso
dulcemente recostada.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

AMÉRICA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A DIEGO CROSA.

Todas las tardes venía
con sus hermanos á casa,
todas las tardes venía
para jugar con mi hermana.

Tenía rizado el pelo,
América se llamaba,
cuando jugaba conmigo
se ponía colorada...

Sus ojos eran obscuros
y siempre fijos miraban,
tenía la voz ruidosa
¡y qué bien, qué bien cantaba!

Casi nunca se reia
—siempre seria, siempre rara—
ni siquiera con las cosas
que Genoveva contaba.

Un día, junto á la iglesia
que estaba enfrente de casa
—¡aquella calle tan fea,
tan fría, tan solitaria!—

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

echado sobre las piedras,
ella en el muro sentada,
yo le dije gravemente
comiéndome las palabras:
«¡América! ¿quieres ser
mi novia desde mañana?...»
Ella me dió un empujón
y echó á correr desolada...
Y mi hermana se reia
¡cómo se reia mi hermana!

. . . . . .

Venía todas las tardes
con sus hermanos á casa;
eran obscuros sus ojos
y siempre fijos miraban.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

TORMENTO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Yo no sé que tienen tus pálidos labios
piadosos y exangües,
tristes flores místicas plegadas, que apenas
sonreirse saben;
yo no sé que tienen tus ojos febriles,
profundos y graves,
que tras la cortina sutil de tus párpados
sorprendidos se abren;
yo no sé que tiene la esbeltez airosa
de tu breve talle
todo exquisiteces y de líneas puras,
finas, impecables;
yo no sé que tienen tus gestos, tus gracias
tan espirituales
que mi bajo fondo despiertan y en fiebre
se incendia mi carne
consumida al fuego de unas poderosas
ansias infernales...!
¡Muñequita rubia, grácil, delicada
debes despreciarme!...
¡Yo también á solas, sollozo, y asqueado
maldigo mi carne!...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

YA QUE ASÍ ME MIRÁIS...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Hay un extraño enigma, una secreta
cábala espiritual en tu mirada,
recta, fina y audaz como una espada,
como las aguas de la mar inquieta.
¿Qué guardas en los ojos?... ¿ironía?...
¿ternura, ingenuidad ó tontería?...
¿Es hipócrita veste del pecado
ese duro, bruñido y acerado
resplandor vigoroso, que arrebata
mi sér y en loca fiebre lo desata,
ó es, tal vez, un destello
de la vívida llama de lo Bello
que la duda ó el dolor sofoca y mata?...
¿Porqué siempre insondables bellos ojos?...
¡Me véis triste, llorando,
y os gozáis reflejando
implacables enojos,
la angustia de mi pena acrecentando!...
¡y si con ansia ardiente
os dicen su dolor los ojos míos,
ó burlones ó fríos
pónenle un comentario indiferente!...
¡Jamás he visto la pasión erguida
asomarse á tan graves ojos claros:

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡no sabéis con la fiebre iluminaros!
¡no tenéis caridad, calor ni vida!...
¿Porqué esa insoportable, horrible calma
con que en las cosas os posáis fruncidos?
Bellos ojos, ¿acaso estáis dormidos?
¿detrás de esos cristales no hay un alma?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

DESENCANTO

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Yo soñé con besar tus labios rojos,
secar la flor de tu sonrisa á besos;
y en la amable caricia de tus ojos,
gustar los embelesos
de la pasión rendida y satisfecha.
Soñé que era llegada
la dulcísima hora del descanso,
que encontraba la límpida corriente,
el suave arroyo manso,
por donde deslizárase callada
la turba alborotada
de mis locos y altivos pensamientos;
soñé que Dios, al fin, sobre mi frente
dejaba esa alba mano cariñosa
que todo dolor calma.
derramando amorosa
la flor de sus ternuras en el alma;
¡mano santa de esposa
que á la nuestra prendida,
ayuda, fortalece
y más noble parece
que nos hace la vida!...

***

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Un hogar castellano,
hondamente cristiano,
de honradez y armonía siempre lleno,
limpio, casto y sereno
como el cielo y el campo de mi tierra,
como la paz augusta de la sierra,
como la luz piadosa de la luna;
que en todo se igualara
con aquel que fundara
mi padre y fué mi cuna.

Un hogar que tuviera
por norma y por cimiento
la fé que de mis padres aprendiera,
el alto sentimiento
del amor á Castilla y á Nivaria
la altivez y el aliento
de la sangre española, y la hidalguía,
la lealtad bravía
de la sangre canaria...

De este hogar sano y fuerte,
incubador glorioso
de estirpe recia y noble, yo, orgulloso,
matriz y corazón soñaba hacerte.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Fué un sueño, nada más: un dulce encanto!...
¡ya lo sé que fué un sueño irrealizable!...
Tu cabecita loca y adorable,
gentilmente ocupada
con tanto rizo, moño y embeleco,
para un hondo sentir no tiene hueco...
Y hoy que todo ha pasado
—¡oh, pasión que juzgué sagrada y honda!—
y que tú, por un lado,
yo, por otro, tranquilos, sin cuidado,
sin pena ni dolor vamos viviendo,
á tus lindas amigas sonriendo
les dirás al oido
con algo de ironia:
«Monina, ¿no has sabido?
ese chico una vez... pretendió un día!...»
¡Yo también me sonrío!...
¡si es tan fácil!... ¿verdad, tesoro mio?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

MI PADRE

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Nazario, El Blanco, Santiaguillo, Pedro,
Francisco y Melitón, Diego y Lorenza,
Claudina y Rosa la Blanquiala, Antonia
la de tío Juan El Sol, Clara y Liberia:
todos los que en mi casa trabajaron,
todos los que ensancharon la *jacienda*
con su celo y cuidado,
poniendo en el aumento la querencia;
los que sembraron *millo* en *La Resbala*,
en *Los Nateros* y en *La Viña Vieja*,
y en la *Hoya las Biatas*
aquellas papas negras
que el rico gusto de la miel tenían;
los que caricias tiernas
de niño prodigáronle;
los que á todas *las fiestas*,
con él íbais, sirviéndole de escudo.
en riñas y pendencias,
que él no necesitó; pues bien sabía
en sus puños hallar pronta defensa;

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

los que amasásteis pan *el día la Virgen*
en la ancha cocinona de la abuela,
entre risa y jolgorio,
el ánimo sereno y la conciencia
llena de santa paz; los que en las tardes
alegres del estío, *á orilla el era*,
os reuníais en corrillo ameno
á cantar y á bailar, ¡dulce tarea!;
los que á buscar el agua á *Los Dornajos*
íbais todos los días en la yegua,
aquella yegua blanca tan hermosa,
tan hermosa y tan buena,
en que á *La Villa* tantas veces fuísteis
á llevar á moler media fanega;
ojos que vieron siempre en el establo
cuatro yuntas, tres bestias,
los graneros repletos,
con ochenta toneles la bodega,
más de treinta peones al servicio
de la casa y la hacienda;
para todos los pobres
siempre abierta la puerta,
abundancia, honradez, paz y ventura;
ojos que vieron la abundancia aquella,
la amable caridad de los abuelos
y su altiva nobleza,
el constante trajín y la alegría
de todas las faenas
que en la casa se hicieron
cuando el viejo solar era lo que era;
vosotros todos que en mi casa asilo
siempre encontrásteis para vuestras penas,
los que fueron sus fieles servidores
y los que solo sus amigos fueran,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

venid: llorad conmigo,
hagamos una sola nuestra pena
en este amargo día;
inolvidable fecha
en que se cumple un año
que se fué para siempre de la tierra,
aquel claro varón que fué mi padre
y vuestro dueño era....

***

Él era un viejo castellano neto;
tan sólo de por fuera,
que por dentro brillaba
clarísima é intensa
la llama inextinguible
del alma guanche eterna;
como si el viejo drago
de rosas se cubriera
y oculto se quedara el árbol santo,
símbolo amado de mi amada tierra.
Él era honesto, rudo,
fuerte, sencillo y noble: ¡un alma buena
amante del trabajo y de lo bello!...
Templado para el bien, su fortaleza
la llevaba en sí mismo; en su carácter
en su llana bondad é independencia.
Él era tosco en el hablar; llevaba
en sus pupilas negras,
una expresión constante
de candor, de inocencia
y allá en el fondo el alma sonreía
de un niño ó de un poeta.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Necesidades del vivir, hicieron
que el rumbo se torciera
del rio de su vida lento, suave,
y la esperanza muerta
en un buen resurgir, que abandonara
el sagrado lugar donde naciera.
Y vino á la ciudad contra su gusto.
llevado por la fuerza
de un porvenir más amplio
que se ajustara con la vida nueva.
¡Eramos muchos ya, y era tan poco
lo que daba la tierra!...
¡Y el rio de su vida lento, suave
nunca se avino á la corriente nueva!...
¡Por eso, cuantas veces vi en sus ojos
lágrimas tristes, tiernas,
cuando las tardes del Otoño dicen
dulces recuerdos de las cosas muertas!...
¡Y cómo se llenaba
mi corazón de pena
al mirar en sus ojos resbalando
las lágrimas sinceras,
por el dulce añorar de aquellas cosas
tan gratas y tan buenas!...
Por el de aquella caserona humilde
que á un dormido convento se asemeja
donde pasó su mocedad tranquila
y vió la luz primera;
por aquel trajinar de la labranza
y el cuido de la hacienda;
aquel sereno y perfumado ambiente,
el agrado y llaneza
de los fieles, sencillos servidores;
la amable y dulce placidez aquella

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de las dichosas tardes
pasadas en la aldea,
escuchando la suave,
la rítmica cadencia
del habla campesina,
dulce como su paz y su llaneza,
y el son doliente y grave
de las *folías* bailadas en las fiestas,
cuando era mozo y presumir sabía
de valor y guapeza!...
¡De tantas idas cosas,
que su sueño é ilusión constantes eran!...

***

Él era bueno como el pan de trigo;
cristiano hasta la médula
con las sanas doctrinas de sus padres.
Heredó de mi abuela
la sencillez de trato,
las enseñanzas buenas
y aquellas graves cosas que decía
que místico me hicieron y poeta.
¡Y por eso lo fuí!... ¡Era tan grande
su empeño en que estudiara y aprendiera
con tal alto fervor me lo rogaba
y era su fé tan ciega,
que estudié y estudié!... ¡y á Dios pedía
que si el triunfo llegaba, yo pudiera
compartirlo con él; pero no quiso
á mi ruego acceder!... ¡La eterna ausencia
decretó antes que el fruto
de su empeño viniera!...

***

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Amado y cariñoso padre mio
atiende mi oración triste y sincera!
¡Yo que voy desbrozando
apenas de la vida la corteza,
influye en mi vivir, vigila atento
mis pasos en la tierra;
que sea siempre honrado;
que cariño y bueno siempre sea
y cúbrame amorosa
como un manto de paz y de grandeza,
la sombra de tu vida,
¡tu vida generosa, santa, buena!...

7 de Mayo de 1.910.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

FIEBRES

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Ildefonso Maffiotte.

Es inútil!... ¡No más!... ¡La lucha horrible
ya no la puedo soportar: me rindo!
Quise volar muy alto;
quise llegar de un salto
allá, á lo Incognoscible,
y nuevo Icaro con las alas rotas
derretidas al sol, vuelvo á la tierra.
¡Pobres ojos los mios,
que no tuvieron ni vigor ni brios
para afrontar la luz!.. ¡Ay, del que yerra
como yo, por miseria y cobardía!...
—Pero acaso esta nueva rebeldía,
indómita, bravía,
es miedo ó heroísmo?—
A la vida retorno, á los placeres;
siento arder en mis venas sangre nueva:
me manda y la obedezco,
y escuchando su voz, no sé si crezco,
si noble impulso á la verdad me eleva
ó si caigo por fin en el abismo
verdugo de mí mismo...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Con la conciencia á solas me pregunto
escrutando lo Arcano:
¿qué es más justo, más grande, más humano:
romper las ligaduras
que á la carne sujetan;
revolver, bucear en el vacio
hasta alcanzar las máximas alturas
en que todas las cosas se completan
y egoistas, allí, ser, conocerse,
por El y para El sufriendo, amando,
ó saber que esto existe,
que nos busca, nos insta, nos reclama,
y apagar sin embargo hornillo y llama
metiendo el corazón entre las cosas,
y con amable gesto de ironía
sonreir, aceptando
la pura realidad vulgar y fría
por los demás, por mí, sufriendo, amando?...

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

LA CAMPANA ROTA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A "Jacinto Terry".

Cuando es reposo y soledad la tierra
y Sirius—lágrima de luz—suspira,
el alma en triste desnudez se mira
y al garfio eterno de la fé se aferra,
el dolor de un lamento
vibra con la estridencia agria de un grito;
es la rota campana del convento
que llama á conversar con lo Infinito.
Es una voz violenta, enronquecida,
que el escozor levanta de una herida
en el ánima vuelta hacia lo Ignoto;
¿porqué suenas tan dura y destemplada,
campana idolatrada?....
campana del convento; ¿quien te ha roto?...
Tú, que fuiste en los campos alegría,
jaleo de tambor y pandereta,
égloga, ingenuidad, paz y alborozo
de feria y romería;
tú, que fuiste elegía,
riguroso crespón sobre la pena,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

caricia humilde y buena
en la pausa solemne y soledosa
de tu doble profundo;
campana del convento, tú, que fuiste
clarín sonoro, y como Homero diste
relieve, corazón y voz al mundo,
las épicas hazañas inmortales
de los hombres cantando,
allá en los tiempos, cuando
las viejas catedrales
como sagrado asilo se ofrecían
y el oro recogían
de la piedad humana,
¿quien te rompió, campana,
que tan frío, cortante y acerado
llora tu lamentar desesperado?....
¿quién, sordina al arpegio
de tu dulce clamor colocó osado?....
¿quien consumó el horrible sacrilegio?....

¡Acaso fué un poeta
quien te rompió, campana!
Acaso un alma de tu voz hermana
abrió la leve grieta
presintiendo, tal vez, que llegaría
desventurado día,
en que hueca y sin eco sonaría
tu invocación piadosa;
y antes que voz transida y dolorosa
que clame en el desierto,
inútil lamentar, lágrima fría
sobre el yerto perfil de un cuerpo muerto,
tu orgullo ser prefiere
puñal que en carne viva punza y hiere.

Por eso, tan chirriante

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

grita desgarradora
la ingenuidad sonora
de tu bronce clamante,
el pulso alborotando, audaz é inquieta,
á la inconsciente y loca grey humana....
¡Acaso fué un poeta
quien te rompió, campana!....

Ya no sabes ser fuerte; ya no sabes
ser el divino corazón del mundo;
tus campanadas graves
son púas que desgarran, no alas suaves
que palpitando en el azul inmenso
á la plegaria eleven; y su huella,
como una blanca estrella,
bajo la enorme bóveda sagrada
fijen iluminada.
Y es preciso que vibres nuevamente
como vibrar solías;
que cantes, que consueles, que sonrías,...
es preciso que sufras y que goces,
que gimas y retoces
á la par que la humana,
bullente muchedumbre;
es preciso, campana,
ser otra vez amor y dulcedumbre.
Y si tu voz se obstina
en ser punzante arpón, trágica espina,
cuando mas rencorosa y descarnada
ruja tu campanada,
la grieta se abrirá, y en mil pedazos
tu mole desgarrada,
lava de maldición, tromba de horrores,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

rodará enloquecida
por la enorme y redonda faz dormida
de la tierra sin flores.
Nuevo diluvio universal, que todo
cuanto en ella es amor, pujanza y vida,
anegará suicida
cambiándolo otra vez en ruina y lodo.
¡Y estéril, agotada,
te hundirás en las simas de la nada!....

. . . . . .

Rompiendo el candoroso arrobamiento
de la noche serena, vibra un grito:
es la rota campana del convento
que llama a conversar con lo Infinito.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

HIMNO A LA PAZ

©Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

A Juan Franchy.

¡Paz á los hombres! ¡Paz!.... ¡Cesen agravios!....
¡Desechen ya los labios
la invocación fanática y procaz!....
¡Deje el acero de abatir los hombros!...,
¡No más ruinas ni escombros!,...
¡Paz á las almas y á los cuerpos! ¡Paz!....

La guadaña fatal, cruel y suicida,
una vez más, la vida
triture entre sus garras con vigor,
y convertido en reja y en arado,
el fusil del soldado
al Universo torne en fruto y flor.

¡Apaguen su bramido los cañones!....
¡Enjaula tus leones
Satanás de la guerra, luz del mal!....

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Egoismo que todo lo mancillas,
¿no hincarás las rodillas
jamás, bajo los piés del Ideal?....

Cesa ya de clamar altivo y fiero,
bravo clarín guerrero,
heroíca sinfonía del valor;
y en gaita transformado, por la aldea
canta, arrulla y pasea
la eterna maravilla del amor.

¡No más triste gemir!.... Trágica pira
de dolor que suspira
el filo de los cielos toca ya.
El mundo de sufrir está cansado;
y el búcaro colmado
una gota no más rebosará.

Como blancas estrellas soñadoras,
las lágrimas sonoras
de la grave campana en oración,
pendiendo en el azul dejen su exvoto,
implorando á lo Ignoto
la piedad del olvido y del perdón.

¡Acabe la voraz carnicería!
El trabajo, energía

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

vigor y fortaleza vuelva á ser
y arranque los crespones del ambiente,
crujiendo alegremente
en la fábrica, el campo y el taller.

Repose la zozobra, y ceda plaza
al afán de la raza
por su limpia y constante evolución,
vuelto al viejo rail abandonado,
sereno y reposado
como el rítmico andar de un corazón.

Entre el furioso estrépito imprevisto
la palabra de Cristo
vibre otra vez lumínica y veraz.
Por encima de lindes y fronteras,
resuenen plañideras
todas las voces en un himno: ¡Paz!

¡Paz á los hombres! ¡Paz! ¡Paz sobre todo!...
y el puñado de lodo
deje de ser materia arisca y ruín
por la mano de Dios sano y bendito.
¡Paz! Señor, es el grito
que suena desde uno á otro confín.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

En el seco arenal florezcan palmas
¡Paz, Señor, á las almas!
¡Acabe la sangrienta iniquidad!
¡Si tu sepulcro no cubrió la losa,
álzate de la fosa
y prosigue tu marcha, Humanidad!

Los viejos eslabones olvidados
retornen acordados
á soldarse en la fé que los ató:
«¡Hermanos!..» dijo Dios en el desierto;
«¡Hermanos!..» en el huerto
y «¡Hermanos!..», en la cruz nos repitió.

Al borde de la dura y larga senda
como piadosa tienda
abra su añeja copa el olivar,
donde unidas por santas ligaduras
puedan las almas puras
saciar al fin su dulce sed de amar.

¡Golondrina de paz, bajo tus alas
trae las nuevas galas
del fecundo y glorioso renacer,
y en el mármol azul de las piedades
graba tú las verdades
con que de nuevo el alma vuelva á ser.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Paz á los hombres! ¡Paz!... ¡Llore y lamente
la tierra amargamente
su carnal envoltura contumaz!....
y en tanto su corteza pule y labra,
la divina palabra
repita su implorante queja: ¡Paz!.

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

SALUTACIÓN A CASTILLA

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Salve, madre Castilla,
mi corazón te invoca!
Subido á lo más alto de esta roca
altiva, dura, enhiesta,
que arrancada á la mar alza su testa
como en reto gallardo á lo ignorado;
arriba, un sol espléndido cuajado
sobre la roja bóveda incendiada,
abajo, la ancha sábana plateada
del mar, todo en silencio, dormitando,
y al frente contemplando
la clara senda que se abrió al empuje
glorioso de tu raza,
y por la que Colón audaz siguiera
en busca de la gloria
y otro mundo te diera;
por mi mente pasando
los ecos de tu historia,
resonar de caballos, choques fieros
de lanzas y de escudos,
graves damas, señores linajudos,
Doña Isabel, Fernando,
Pizarro, Hernán Cortés, Guzmán, Padilla,
todo el valor y el férvido coraje

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

de la sangre española, rebosando
de entusiasmo y de orgullo, y colocando
sobre el áspero suelo la rodilla,
á vuestra majestad rindo homenaje:
¡Dios te salve, Señora!

¡Raza dominadora,
de titanes, de reyes,
y en todas partes dominó y se impuso,
que donde quiera que la planta puso
dejara la semilla
de su heroísmo, su altivez, sus leyes
y el peso de su fé! ¡Madre Castilla,
eterna incubadora de guerreros,
vivero de heroismo, noble tierra
donde arraigó fecunda la simiente
de aquellos esforzados caballeros
que al bizarro chocar de sus aceros
el mundo dominaron,
y con altivo gesto le arrojaron
bajo tus piés, Señora;
de aquellos que variaron
á su antojo, cien veces, el sereno
caminar de la historia, y que lograron
hacerte eterna y fuerte,
grande como el amor, como la muerte!
¡Patria de Don Quijote y de Teresa
la santa, la inspirada;
de los poetas castos y encendidos,
de los claros varones elegidos
por Dios, para cantarle
y en fé ardiente arrobados adorarle!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

¡Castilla, madre mia,
fuente de eterna fé, madre admirable,
luminar infinito de hidalguía,
patria grande, severa, formidable,
indómita é inmutable!...
A esta roca subido,
por la sombra del drago cobijado,
respirando del rudo
aire que respiró Tinguaro herido
y el espíritu en alto, arrebatado
en alas de tu amor: ¡yo te saludo!

Vuelvo la vista atrás y la llanura
que de tanta grandeza cuna fuera,
se otrece á la mirada
como una inmensa y honda sepultura
tétrica, desolada....
La epopeya olvidó su verso grave;
ya el poeta no sabe
hallar en viva fuente la energía
del acento que un día
los pechos conmovió: su arpegio vaga
en la abulia de un medio indiferente,
como una luz borrosa
que sin fuerza se apaga.
El bronce de la raza se reposa
y el yelmo del Quijote, abandonado,
entre polvo y ceniza yace preso:
¡no hay una noble frente
que quiera resistir tan grave peso!
El templo está vacío;
de su gala y ornato despojado,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

es un alma que muere por hastío
en un bostezo enorme, prolongado.
Enmudeció el clarín, cesó el glorioso
y rudo resonar de la batalla:
¡si hasta el pujante espíritu, el altivo
aliento de tu raza, parece que cautivo
de la muerte se calla!...
¡Qué amarga senectud en el paisaje!...
¡Qué horrible sequedad en el ambiente!...
El aroma caliente
que del pecho el coraje
hace brotar cuando se inflama en gloria,
en el alma se siente
sin protesta apagarse lentamente
como inútil escoria.
Los valles y lugares, la mesnada
no alegra ya con su cantar ruidoso,
es un triste lamento soledoso
el que a los aires sube y sobrenada,
¡y hasta el pastor, el prado
dejó ya y su ganado
por venir a la Villa!...
¡Oh, Rodrigo! ¡Oh, García! ¡Oh, Santillana!...
¡Ved como está la raza castellana!...
¡Ved como están los campos de Castilla!...

Pero un día vendrá—y no lejana
del esperado día está la aurora—
en que en un gesto soberano y recio
te alces sobre la tumba, y tu desprecio
escupas irritada a la traidora
lengua que te ofendió: ¡No, madre amada,

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

no estás muerta! ¡sólo duermes cansada! ...
¡Despierta de tu sueño, y al sendero
haz otra vez salir a Don Quijote!
¡Oh, bravo caballero!,
vuelve a ser el azote
de follones y gentes mal nacidas
que llevando las almas adormidas
solo saben hozar con Sancho Panza!
¡Retorna a la esperanza,
y al pasado los ojos, madre mía,
vuelve altiva y recoge su enseñanza;
llénate el alma entera
de fé en tu brazo y te dará energía;
sé creyente, síncera,
noble, dominadora,
y otra vez serás fuerte
grande como el amor, como la muerte
porque eres inmortal: ¡Salve, Señora!

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

ÍNDICE

PÁGINAS

PORTADA.
DEDICATORIA. 3
PRÓLOGO. 5
Habla el trovador. 15
El caballero errante. 21
Al pié de la Cruz. 27
Elegia mística. 35
Hermana Primavera. 41
Resurrección. 49
El misterio de tus ojos 53
El madrigal de tus manos. 57
Flor de romero 61
Momento de arrogancia. 65
Canción de los suspiros. 69
Alta plática. 73
I ¡Amor de Caridad!..,
II Mi pecho es una llama...
III ¡Quiero morir por Tí!...
IV ¿Donde está la Verdad?...
V Dudando de tu amor...
Cura de almas 81
Medalla de otros tiempos. 85
La hora mística. 89
Evocación 93

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009

Al Sagrado Corazón. 99
De la vieja cepa. 105
Rebelde. 109
La Cruz de Gracia 113
Mi Señor Don Quijote. 119
La canción del agua. 125
Humildad. 131
Nocturno. 135
Ofrenda. 141
Flor piadosa. 147
A Becquer. 151
¡Arriba, corazón!... 155
Romántico dolor... 159
¡Abrete, corazón!... 163
La esfinge. 167
Nostalgia. 171
¿Te acuerdas?... 175
Tras el cristal... 179
América. 183
Tormento. 187
Ya que así me miráis. 191
Desencanto. 195
Mi padre. 201
Fiebres. 209
La campana rota. 213
Himno á la paz. 219
Salutación á Castilla. 227

© Del documento, los autores. Digitalización realizada por ULPGC. Biblioteca Universitaria, 2009